

WILD DUCK PROJECT

SON OF LEGACY

TOMO I

CAPÍTULO I

Son Of Legacy

El ruido de Journey rompió la penumbra. "Don't stop Believin"... salió del viejo parlante con un chisporroteo metálico. A pesar de vivir en 2146, a Benjirō le gustaba despertar así. Su padre siempre lo despertaba con canciones. Cuando era niño, ponía música a bajo volumen, himnos potentes que lo ayudaban a vestirse para ir al colegio. Con los años, ya no había cuidado: las hacía tronar desde temprano, como si el rock fuese un despertador sagrado.

Su dormitorio era un retrato de su vida: paredes cubiertas con folletos de tocatas pegados con cinta adhesiva, pósters descoloridos de grupos de música. André Matos y toda la primera alineación de Angra observaban el desastre del cuarto, Ronnie James Dio a punto de taparse la cara por el desorden monumental; un par de medallas deportivas de infancia —de esas que regalan solo por participar— colgaban junto a la foto de una rubia en paños menores arrancada de aquella serie de salvavidas corriendo por la playa.

En un rincón, un amplificador servía más como mesa que como instrumento: sostenía platos sucios y vasos con hongos propios de un laboratorio clandestino. Ropa desparramada por el suelo, discos rayados desperdigados y, sobre una repisa, el viejo walkman amarillo de su padre.

Aunque en su época la mayoría de las personas llevaba la música en su interior, integrando los conectores directamente en el cráneo y controlando todo con un simple parpadeo, a Benjirō le gustaba, de vez en cuando, usar aquel aparato anacrónico. Lo conectaba a sus audífonos de cable gastados solo para sentir el clic al apretar play, el giro de la cinta, el pequeño zumbido mecánico que ningún sistema interno podía imitar.

El walkman, sin embargo, tenía una particularidad: su padre lo había modificado años atrás, cuando se lo regaló, a sus doce años, instalándole un puerto oculto que podía conectarse directamente a su implante craneal. Era un trabajo artesanal, casi de hacker analógico, hecho con precisión y cariño. A falta de casetes nuevos —escasos desde hacía décadas—, el aparato podía transmitir música almacenada en su propio sistema neural, pero con el sonido filtrado y cálido del mecanismo original.

Benjirō prefería escucharlo así: a la antigua, con los pocos casetes heredados de su padre, pero de vez en cuando lo escuchaba de la otra forma, aunque en el fondo lo que oía viajaba desde su mente. Le gustaba imaginar que cada nota salía de los engranajes invisibles de su padre, como si aquel clic metálico fuera una forma de mantenerlo siempre presente.

A su lado, descansaba un casete blanco de Firehouse a medio trabar, tan escuchado que su cinta ya estaba transparente.

Y ahí, casi como un altar caído, un bajo eléctrico: reliquia heredada de su padre, bajista frustrado de heavy metal, devorado por el sistema hasta obligarlo a colgarlo para siempre. Hiroshi, el hijo de la madrastra que había crecido con él desde que ambos eran pequeños, nunca lo quiso. Benjirō lo tomó como herencia y carga.

Tenía veintiún años. Una edad en la que el cuerpo debería resistir cualquier borrachera. Pero esa mañana se sentía como si habitara un cuerpo de cuarenta y dos. La noche anterior lo había dejado destrozado: alcohol barato, humo espeso, risas que se disolvieron con la madrugada. Ahora tenía un pitido en el oído, sed de desierto y un bombazo en la cabeza.

La puerta se abrió sin golpear. Su padre apareció con el uniforme arrugado, las ojeras tatuadas en la cara, pero con la misma chispa de siempre. Imitando a Steve Perry con una voz horrible, desentonada, le cantó un par de versos antes de soltar:

—Arriba, hijo. El día no espera.

Desde la cocina llegaba el murmullo de la televisión:

"Al-Dahabir impone nuevas restricciones comerciales...
Japón entre los países más afectados por el bloqueo de
suministros..."

Noticias tan repetidas que ya no eran primicia. Osaka y todo Japón llevaban años atrapados, bloqueados, sin salida. El noticiero insistía en la contraparte: Neo Andes seguía blindándose contra los Siete Reinos, inventando y perfeccionando tecnologías propias que, a veces, lograban llegar a Japón como gotas en el desierto. Ninguna de esas innovaciones alcanzaba para cambiar la realidad cotidiana de las calles japonesas, pero eran faros lejanos que recordaban que en otra parte del mundo alguien sí había encontrado una manera distinta de sobrevivir.

Las imágenes de corrupción se repetían: políticos sonrientes, promesas vacías; la administración de turno —autodenominada "igualitaria"— disfrazaba la pobreza con migajas que mantenían hipnotizada a la multitud. Benjirō pensó que ese país estaba diseñado para que los ricos se hicieran eternos y los pobres defendieran su propia miseria.

En el pasillo apareció su madrastra, cruzada de brazos.

—No es prudente que lo trates así —dijo mirando al padre—. No le hagas la vida tan fácil, se va a

acostumbrar y nunca va a luchar por nada.

Benjirō la observó. No era mala persona, nunca lo había sido. Pero tampoco fue madre. Demasiado simple. Su vida era suficiente con teleseries extranjeras, una clase semanal de yoga y charlas superficiales con amigas. Paciencia justa, afecto limitado, siempre dejando claro que se había casado con su padre, no con su hijo. Fue funcional, nunca emocional. Y en esa simplicidad se perdió una oportunidad de ser importante en su vida.

Aún con la cabeza abombada, los redobles del doble bombo de la banda death metal de la noche anterior seguían golpeando en su mente. Recordaba cómo había, de forma magistral, destrozado "Silent Night, Bodom Night" de Children of Bodom, entre humo y alcohol. Esa había sido otra noche más junto a Takeshi, su amigo de colegio —leal, bonachón, hermano de mil aventuras—.

Camino a la cocina, el pasillo era un museo extraño de la familia: un cuadro falso de cartón imitando "La noche estrellada" de Van Gogh, con un marco de plástico barato; un calendario de la empresa National donde se veía a una familia sonriente posando junto a una lavadora futurista, todo en una impresión borrosa y descolorida; y ni una sola foto familiar.

Lo único real estaba en un estante bajo: sobre él descansaba un maneki-neko con su dorado

característico, aunque ya descolorido en varias partes, y a su lado un pequeño altar butsudán con la foto de la madre y un incienso apagado.

Debajo, los libros del padre, gastados y subrayados: "El Libro de los Cinco Anillos", "El Arte de la Guerra", "El Príncipe" y manuales policiales que aún olían a tabaco rancio y café seco.

Junto a ellos brillaba su pequeña colección de monedas, esas que los policías intercambiaban como símbolos de camaradería. Había una de la Policía de San Ángeles, obsequio de su colega gringo de nombre Iván; otra de la Policía de Francia, regalo de Eric, miembro de la Unidad de Robos de ese país; y una más de la Policía de Neo Andes, testimonio de los vínculos que había tejido incluso con aquel bloque enigmático del sur, la única potencia estable después de la caída digital.

Esa última no permanecía nunca demasiado tiempo junto a las demás. Danji Takeda, el padre de Benjirō, solía llevarla siempre en el bolsillo cada vez que salía de casa, como si necesitara sentir su peso durante el día. Al regresar, apenas cruzaba la puerta, la dejaba nuevamente junto a la colección. No lo decía en voz alta, pero el gesto se repetía con una constancia casi ritual. Para él, aquella moneda no era solo un recuerdo profesional: funcionaba como un amuleto silencioso, una forma discreta de llevar protección consigo y devolverla

al hogar al final de cada jornada.

Eran piezas metálicas, simples a la vista, pero que para su padre significaban mucho más: la memoria de la época en que todavía ocupaba cargos relevantes, con acceso a información internacional y contacto directo con policías de distintos rincones del mundo. De vez en cuando, recibía mensajes de esos viejos compañeros. Era como una red informal, una hermandad que sobrevivía a los años y a las fronteras. El padre las limpiaba con cuidado obsesivo, como si pulir el metal fuera también revivir esos lazos.

Ese rincón era la memoria de la mejor época de su padre en la policía, cuando lo consideraban un hombre con visión y peso en la red internacional. Pero también era un recordatorio de la caída: su convicción férrea, su idealismo sin cálculo y su falta de estrategia lo enfrentaron con un jefe en la cima de la cadena de mando. Esa pelea le costó caro: lo degradaron de los escritorios y reuniones de análisis, de vuelta a las calles, reducido a simple patrullero.

En la cocina se encontró con Hiroshi. El hijo de su madrastra —aunque siempre habían crecido como hermanos— estaba encorvado sobre una taza vacía, con el humo del cigarro pegado a la ropa, sacudiendo las cenizas hasta el filtro. Había desaparecido años atrás sin despedirse y ahora volvía como si nada.

—¿Qué pasa, Hiro? ¿Ahora ni saludas? ¿O tanta sustancia te derritió la lengua? —preguntó Benjirō con sorna.

Hiroshi levantó la vista apenas un segundo y sonrió a medias.

—Estoy luchando con mis propios demonios, enano.

Antes esas palabras lo habrían enfurecido. Ahora no. Ya no lo veía como un hermano mayor a quien admirar. Lo único que sentía era lástima.

Hiroshi era solo un niño de cinco años cuando su madre —la mujer que luego sería la madrastra de Benjirō— se casó con su padre. Benjirō era apenas un bebé, y desde entonces compartieron la misma casa, la misma mesa y los mismos años. Al principio fueron inseparables: jugaban en las calles húmedas de Osaka, compartían música, películas pirateadas y sueños de grandeza imposibles. Eran como hermanos de verdad, sin pensar en apellidos ni orígenes. Pero con el paso de los años, algo en Hiroshi se desvió. Hubo un punto, difícil de precisar, en que comenzó a alejarse lentamente, a perderse en sí mismo. Cada año que pasaba, se internaba un poco más en ese camino sin retorno.

Como si viviera dentro de la letra de "Wild Side", se lanzó a una vida de vicios y desenfreno, devorado por la

velocidad, el sexo barato y la ilusión de que el exceso podía hacerlo libre. Pero lo único que consiguió fue reflejar lo que la canción gritaba: un camino al borde del abismo, una ruleta que solo llevaba a la destrucción.

Un día simplemente desapareció. Tres años sin dejar rastro: ni una nota, ni una llamada, ni una explicación. Y cuando volvió, ya no era su hermano. Estaba ahí, en la misma cocina, compartiendo el aire, pero sin nada que los conectara.

Benjirō había dejado de esperarlo mucho antes.

Las pérdidas y ausencias se le fueron acumulando como piedras en un saco: la ausencia de la madre, la distancia de Hiroshi, alguna que otra chica en la que confió demasiado. Y de a poco hizo lo único que podía hacer para no romperse: levantar una coraza. No era valentía ni orgullo, era defensa. Un mecanismo que el cuerpo y la mente inventan cuando la confianza se convierte en un riesgo demasiado grande.

Aprendió a no esperar nada de nadie, a minimizar el deseo de cercanía, a blindarse con sarcasmo y distancia. Se refugiaba en el ruido, en el exceso, en lo intenso, porque esa intensidad silenciaba el vacío.

Hiroshi estaba vivo, sí, pero ya no era hermano. Era una sombra con la que compartía techo. Y en ese

momento entendió algo brutal: las relaciones también mueren en vida, y la ausencia puede pesar mucho más que una tumba.

Después de comer algo, intentó cambiar de canal en la vieja televisión holográfica del comedor. El aparato, un modelo de mediados del siglo XXII que proyectaba imágenes flotantes, ya no tenía perilla, así que usaba un alicate oxidado para girar el eje interno. La imagen temblaba como si el mundo estuviera a punto de romperse: colores desteñidos, voces metálicas y líneas verticales que danzaban en el aire. Siempre los mismos titulares: corrupción, promesas incumplidas, calles manchadas de sangre.

Benjirō soltó un suspiro cansado. Ese televisor parecía un reflejo exacto de la ciudad: tecnología futurista parchada con métodos antiguos, funcionando apenas.

Decidió volver a su cuarto. Se dejó caer sobre la cama, mirando el techo inclinado del entretecho. El calor sofocaba a esa hora, y cada vez que golpeaba las tablas salía una nube de polvo. Cerró los ojos. No pensaba dormir, pero el cansancio lo arrastró igual.

Cuando despertó, la luz del día ya se había desvanecido. Miró su reloj Seiko, resistente al agua, con cronómetro analógico y un brillo fosforescente en la esfera que imitaba los relojes retro del siglo XX. Era un

regalo de su padre, y aunque estaba rayado y tenía la correa parchada con cinta negra, seguía funcionando con precisión quirúrgica.

Encendió el implante interno. Era un pequeño conector auditivo y visual que llevaba incrustado desde la adolescencia. Le permitía escuchar música, recibir llamadas y proyectar mensajes directamente en su campo visual. El dispositivo era de un modelo antiguo, sin soporte, reutilizado hasta el cansancio, como Chuck Berry exprimido por su familia en sus últimos días de gira: seguía funcionando, sí, pero sin brillo ni dignidad.

Aún con toda la tecnología interna que llevaba encima, había un ritual que no abandonaba: sacar del cajón el viejo walkman amarillo de su padre. Era pesado, con marcas de uso en los bordes. Le gustaba cerrarlo y escuchar cómo los casetes que había heredado de su padre —como el de Firehouse, siempre a medio trabar— empezaban a girar. Ese sonido áspero y real le recordaba una época que nunca vivió, pero que sentía suya.

Varias llamadas perdidas aparecieron en su vista. Luego, un mensaje resaltó entre los demás:

"¿Llegaste bien, pato salvaje?" —Wild Duck.

Sonrió. Aquel apodo había nacido una noche cualquiera en Dōtonbori. Un tipo completamente ido, drogado como si hubiese fumado las cenizas mismas de la incineración de Bob Marley, lo señaló como si hubiese visto a Elvis bajando del cielo. Comenzó a gritar un balbuceo que sonaba a "¡WILD DUCK! ¡WILD DUCK!" con los ojos desorbitados y, en un arrebató teatral, se lanzó al suelo, echando espuma por la boca como si Gene Simmons, en vez de sangre, escupiera espuma, con los dedos metidos en un enchufe. La escena fue tan absurda que él y sus amigos no pudieron parar de reírse. Desde entonces, el nombre se quedó. No fue un bautizo solemne ni heroico: fue una anécdota delirante que terminó marcándolo para siempre.

Otro mensaje le esperaba debajo:

"Hoy nos vamos en la ruta del guerrero. 10 en el karaoke, previa para calentar motores."

La ruta del guerrero... una procesión de bares de mala muerte, recorridos como templos sagrados antes de caer en el último refugio de la madrugada. Para otros no significaba nada; para Benjirō, era un ritual.

Fue a la ducha. Se vistió: camiseta 101 Proof de Pantera, chaqueta de cuero que ya olía a mil batallas, jeans ajustados y zapatillas blancas de caña alta con suela fluorescente. En el bolsillo trasero, un pañuelo

rojo. En la muñeca, pulseras con puntas y tachas que habrían hecho enorgullecerse a Metal God, Rob Halford. Cada detalle era un escudo, una declaración de principios antes de salir a la jungla de Osaka.

Estaba girando la manilla de la puerta cuando una voz grave lo detuvo. Su padre había llegado hacía poco y lo miraba con una seriedad que no admitía escapes.

—¿Y bien? ¿Encontraste trabajo ya?

Benjirō tragó saliva. Soñaba con estudiar música, vivir de ella, pero el dinero era un muro imposible. No era por falta de esfuerzo: había trabajado de todo desde que salió del colegio. Lavando autos en estacionamientos anónimos. Disfrazado de Santa en un centro comercial abarrotado, soportando niños que tiraban de la barba falsa. Vendiendo chips de noticias en las esquinas antes de que amaneciera: pequeños módulos analógicos que la gente insertaba en sus conectores craneales para recibir boletines diarios sin depender de redes externas. Incluso en oficios más raros, como pulir los letreros de neón en Dōtonbori, con las manos impregnadas de químicos y luz fosforescente. Cada yen lo guardaba con disciplina casi militar. Alcanzó a pagar parte de una escuela de música, aunque no lo suficiente para terminarla. Aun así, de esos meses se llevó aprendizajes y, sobre todo, la certeza de que la música no era un pasatiempo: era lo único que en ese momento realmente quería hacer.

Pero a veces tenía la sensación de que el destino —o quizá algún dios nórdico con un retorcido sentido del humor— se empeñaba en cerrarle todas las puertas musicales. Como si una fuerza invisible decidiera que su camino debía ser otro, y se dedicara, con cruel precisión, a interponerse cada vez que intentaba avanzar. Finalmente murmuró:

—Conseguí un trabajo en la mudanza del gordo Matzuo. No paga mucho y me explota, pero va a ser solo un tiempo... Lo estoy tomando con calma.

El padre negó con la cabeza.

—La vida es corta, hijo. Nunca deberías tomarte nada con calma. Si subes una escalera, hazlo de dos escalones en dos. Si vas a hacer algo, hazlo ya y con pasión. La vida se va rápido. Cuando tengas mi edad, te arrepentirás de cada momento que desperdiciaste, de cada idea que no pusiste en marcha.

Se acercó y lo abrazó con fuerza, como si quisiera tatuar sus palabras en él.

—Hijo... tú eres el hijo del legado. Por ti empezará todo. Yo confío más en ti que en cualquier otra cosa.

Las frases, esta vez, lo atravesaron como cuchillos encendidos. El hijo del legado.

¿Legado de qué?

No había samuráis en la familia. Eran un apellido común, sin pergaminos ni katanas colgadas en las paredes. Nunca faltó lo esencial, pero tampoco pertenecían a ninguna élite. No conocía la nieve, jamás había salido del archipiélago japonés, ni recordaba una cena en un restaurante.

Incluso, por motivos laborales de su padre, habían pasado un tiempo en uno de los cinturones agrícolas de las afueras de Osaka: una zona rural semiautónoma donde pequeños asentamientos sobrevivían combinando técnicas antiguas con mecanismos analógicos modernos. No había redes eléctricas constantes ni lujos urbanos; el agua se obtenía de pozos comunitarios y la energía provenía de turbinas eólicas artesanales que crujían con cada ráfaga.

Para Benjirō, aquella etapa fue más aventura que carencia. Su padre convertía cada limitación en una lección: cómo arreglar una bomba hidráulica a mano, cómo orientarse con mapas físicos, cómo vivir con lo mínimo sin quebrarse. Y aun allí, en medio de esa vida dura pero digna, le repetía lo mismo una y otra vez:

—Eres el hijo del legado.

Benjirō cerró los ojos. Ese día sintió que el legado no era una herencia. Era un peso. Y estaba sobre él.

Como en "Flight of Icarus" de Iron Maiden: un muchacho que se eleva hacia el sol, convencido de que las alas lo harán eterno. El mensaje no era solo la caída, sino el atrevimiento de volar. Así entendía su padre el legado: un mandato de arriesgarse, aun sabiendo que el mismo fuego que ilumina también puede consumir.

Continúa en *Son Of Legacy* – Tomo I